

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 10 Septiembre de 1892

Núm. 15



LA HORA DEL ALMUERZO.—CUADRO DE MULLER

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — No hay patria fea, por ANTONIO DE TRUENA. — Romance antiguo (poesía), (del ROMANCERO GENERAL). — Cantares. — Una señorita china graduada, novela traducida del chino al inglés por el profesor DOUGLAS, traducción de J. COROLEU. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN. — Advertencias.

Grabados. — La hora del almuerzo, cuadro de MULLER. — Cazador de leones, grupo escultórico de A. VALLMITJANA ABARCA. — Geroña, 1809, grupo de ANTONIO PARERA.

Crónica

OTRA vez la amenaza del cólera se cierne sobre nuestras cabezas. Digan lo que quieran los parisienses, empeñados en que su ciudad se halla casi indemne, es lo cierto que si aquella plaga allí aumenta poco, no decrece en modo alguno, se sostiene y va haciendo víctimas todos los días. Hacía notar algún periódico de allí que el promedio de defunciones es en París de 850 por semana, que en la actualidad sólo excede en 200 al normal el número de fallecimientos y que en 1890, cuando la *influenza*, alcanzó á 1,800 el guarismo de la mortalidad. Todo esto probará que la epidemia es floja, mas no que el cólera morbo no se encuentre en París. Bélgica se halla también invadida, en Alemania y en Austria han ocurrido casos, y en Hamburgo la enfermedad colérica tomó en breves días marcado incremento, motivando por parte de las naciones vecinas medidas rigurosas con todas sus procedencias. Alguna de ellas ha llegado al extremo de mandar suspender los trenes expresos que se dirigían á la mencionada ciudad. Las condiciones de la locomoción en el día hacen muy difícil adoptar medidas radicales. Los gobiernos, pues, han de ceñirse á disponer que se proceda á la inspección de los viajeros y mercancías y á la desinfección, en cuanto pueda hacerse rápidamente, ya que no permite otra cosa el movimiento de los caminos de hierro, siendo la desinfección más detenida para las mercancías contumaces, como ropa sucia y objetos por el estilo. Esto ha mandado nuestro ministro de la Gobernación, quien en la campaña sanitaria muestra un celo digno de aplauso y un juicio sereno, además, para no aceptar las imposiciones de los miedosos, quienes no titubearían en establecer un cordón en la frontera pirenaica que no permitiese el paso á bicho viviente ni á producto de ninguna clase.

* * *

Quiera Dios que el cólera no venga á desbaratarnos las fiestas del Centenario de Colón que se están preparando en toda España para el mes de Octubre. No somos opuestos sistemáticamente á las llamadas fiestas callejeras, antes creemos que en los regocijos populares se ha de emplear algo en talco y en humo de pólvora, pero ya vamos temiendo que de esto se abusará en nuestra patria y que se tirará el dinero cuando podía haberse empleado en cosas útiles y permanentes. En Madrid, la guerra que la prensa y la opinión en general han movido á su Ayuntamiento, censurando duramente el presupuesto que acordó para las fiestas, será acaso motivo de que se abandonen las funciones callejeras. Allí habrá por lo menos dos actos importantes é interesantes: la Exposición nacional de Bellas Artes y la

Exposición histórico-americana, ó dígase más claramente, la Exposición Arqueológica. La primera se abrirá en Septiembre: la segunda en Noviembre, según indicios ciertos, puesto que se hallan atrasadísimos los trabajos preparatorios. En Barcelona será suceso merecedor de entusiasta encomio la celebración de la primera Exposición nacional de Industrias Artísticas. Si á ella acuden las industrias, que podríamos llamar de tradición en nuestra península, á buen seguro encontrarán materia de estudio el artista, el arquitecto y el industrial. Hacer revivir estas industrias, infiltrándoles savia nueva, imprimiéndoles el carácter de nuestra época, sería obra verdaderamente patriótica, y de la Exposición mencionada puede esperarse que algo y aun mucho salga en este sentido. Todo cuanto se gaste en ella será, por lo tanto, dinero bien empleado. No así el que se invertirá en decoraciones complicadas de calles y paseos con cartón piedra y materias similares. Costarán muchísimo, durarán cuatro días, porque en seguida se echan á perder, y resultará siempre espectáculo de relumbrón. Déjese esto para los vecinos de las calles, y en cuanto á los paseos redúzcase todo á una iluminación profusa y á flores, mástiles y banderas bien colocadas.

* * *

Produjo inquietud por breve tiempo la noticia de hallarse ardiendo el monasterio de Montserrat. Por fortuna no se trataba del cenobio, sino sólo de una parte de la montaña, bastante apartada de aquél. El incendio fué imponente, cogió una extensión de muchos kilómetros y destruyó gran cantidad de árboles y de bosque bajo. Con motivo de las fiestas del Centenario las habrá también en Montserrat, iniciadas por el excelentísimo é ilustrísimo señor obispo de la diócesis y principalmente patrocinadas por este ilustre prelado. Sin duda se renovará en aquellos días la memoria de las solemnes fiestas que allí se verificaron con ocasión del milenario de la Invención de la Imagen milagrosa de la Santísima Virgen. Hoy será cosa facilísima ir á Montserrat y volver en un solo día, gracias al ferrocarril llamado de *cremallera*. Lo que perderá en colorido la peregrinación ganará en comodidad y rapidez los peregrinos, y váyase lo uno por lo otro.

* * *

El Catolicismo hace notables progresos en los países escandinavos, sobre todo en Noruega. En 1875 se contaban sólo en aquel país algunos centenares de católicos, que hoy alcanzan ya á unos 100,000, según las estadísticas oficiales. Los gobiernos han concedido á los católicos todas las libertades religiosas compatibles con la Constitución del país, y hace pocos meses las Cámaras abolieron, por unanimidad, una disposición constitucional que prohibía á los católicos que pudiesen desempeñar determinados cargos públicos. También las mismas Cámaras, de acuerdo con el gabinete Steen, tomaron en consideración, hace pocas semanas, una propuesta para abolir la prohibición impuesta á las órdenes religiosas y en particular á la Compañía de Jesús, de establecerse en aquel Estado. La proposición se discutirá en la venidera legislatura, y por la manera como se ha recibido no cabe la menor duda de que será aprobada.

* * *

La catástrofe de que fué víctima una expedición destinada á operar en el Alto Congo, ha puesto de nuevo á discusión todo lo relativo á aquel Estado, en el que ha

invertido toda su fortuna personal el rey Leopoldo II de Bélgica, llevado del cristiano y humanitario propósito de acabar con la esclavitud. Contra el Estado soberano del Congo se pronunciaron, desde el primer momento, los árabes tratantes de esclavos, porque les destruía su negocio. Éstos acechaban la primera ocasión oportuna para vengarse de los antiesclavistas y la han encontrado en la expedición Holdster, cuyos individuos es de presumir que murieron al filo de sus cimitarras. Desencadenáronse también contra el rey Leopoldo y contra el Estado del Congo los liberales belgas, á los que hicieron compañía todos los de Europa, porque junto con la abolición de la trata proponíase aquel soberano extender por aquellas regiones la religión católica. La empresa es difícil, mas su misma dificultad la hace doblemente meritoria. El territorio comprende 2.240,000 kilómetros cuadrados. Aquel Estado hace construir en la actualidad un camino de hierro que enlazará el Alto y Bajo Congo y pasará por la región de las cataratas, las cuales no permiten que en determinados puntos sea navegable el río del Alto Congo. Esta obra será sumamente favorable para el comercio. Como hemos dicho, el rey Leopoldo ha invertido en la empresa casi toda su fortuna personal, ó sea unos 20 millones de francos. Bélgica ha adelantado al Congo en concepto de Estado 35 millones de francos.

* * *

La fraternidad de los socialistas no va más allá del bolsillo. Díganlo sino los mineros franceses de Lievin, que no han parado hasta lograr que fuesen despedidos sus compañeros belgas, quienes les hacían una competencia ruinosa. Las compañías hubieron de ceder á esta exigencia, siendo probable que hayan de hacer otro tanto las que poseen minas próximas á la frontera de Bélgica. Mucha fraternidad, pues, en la boca, pero así que se ha de sufrir la menor privación por su causa, se deja en seguida de practicarla. En una palabra, el egoísmo imperando en el hombre cuando no se mueve por otros impulsos que los de la utilidad y de los goces materiales.

B.

No hay patria fea

I

HACÍA más de veinte años que yo ansiaba continuamente volver al valle nativo, ansia á que contribuía no poco la circunstancia de no haber vuelto á ver á mis padres, á mis hermanos, á mis compañeros de la infancia, desde que me alejé de ellos casi niño.

Comprendo que el amor al hogar paterno y al valle nativo han sido siempre en mí una pasión que en lo intenso y, si se quiere, en lo insensata, me ha diferenciado de la generalidad de los hombres, porque me parece que entre cada millón de ellos apenas es posible encontrar uno que sienta esa pasión con la intensidad con que yo la siento. Esta pasión en mí era hija de mi naturaleza, y no de las circunstancias y vicisitudes de mi vida, porque ni en el hogar paterno había dejado delicias materiales de tal magnitud y encanto que fuera imposible olvidarlas, ni lejos de aquel hogar había encontrado miserias y trabajos tan grandes que fuera imposible acostumbrarse á ellos. Más aún: la hermosura real de mi tierra nativa y

la fealdad de aquélla por que la había trocado no contrastaban de tal modo que justificasen mi ansia por tornar á la primera.

Ahora que he visto satisfecho, hasta cierto punto, mi deseo de vivir donde nací, ahora que mi cabeza se deja dominar menos por mi corazón, y conozco que cuando se escribe para el público es necesario buscar modo de que cabeza y corazón se auxilien mutuamente, ahora comprendo que el corazón embellece muchas cosas que son feas, y afea muchas cosas que son bellas.

Uno de mis más queridos y respetados amigos, el doctor don José Gil y Fresno, decía no há muchos días, dirigiéndose á mí por medio de un periódico bilbaíno, que el arte literario es siempre expresión incompleta de la idea y el sentimiento que trata de expresar. Estoy enteramente conforme con esta opinión, aunque también creo que con tanta más elocuencia se expresa el arte, cuanto con más claridad ve el entendimiento y con más intensidad siente el corazón.

No es posible que encuentre yo medio de expresar lo hermoso que me parecía el valle nativo (que de suyo lo es) al cabo de veinte años pasados con el alma y el pensamiento fijos en él. Lo único que podré decir, para dar á entender lo que mi alma y mi pensamiento le habían embellecido amándole y contemplándole de lejos, es que me parecía que no había rincón en el mundo más hermoso que aquel rincón.

Cuenta el historiador vizcaíno Iturriza, que cuando se ausentaba de Vizcaya se volvió á contemplarla desde lo alto de la Peña de Orduña, y se le saltaron las lágrimas. El arriero, en cuya compañía iba, era hombre de mundo y de buen entendimiento, y como lo observase, le dijo:

—¡Qué! ¿te parece hermosa desde cerca? ¡Más hermosa te ha de parecer desde lejos!

Cierto, cierto que la tierra donde uno ha nacido, lo mismo que las personas á quienes uno quiere, nunca parecen más hermosas que cuando se está lejos de ellas.

II

Iba yo por fin á ver satisfechas mis ansias de volver al valle nativo, á cuyo efecto me acomodé deliciosamente en la rotonda de la diligencia una mañana de Agosto de 1859, porque aun no se había abierto á la explotación trozo alguno del ferrocarril del Norte.

La campiña que media desde Madrid á los puertos de Somosierra sólo es un poco amena en los meses de Mayo y Junio, únicos en que está verde. Cuando yo la recorría estaba ya árida y seca. ¡Qué horrible me parecía comparándola con los campos nativos, que están siempre verdes, esmeradamente cultivados y salpicados de alegres caseríos!

Al fin, la diligencia fué abandonando la llanura y empezó á subir á la serranía. El contraste que aquellos campos mal cultivados, aquellos montes pobres de vegetación, aquellos pueblecillos miserables y aquellas gentes que participan de la misma miseria y rusticidad ofrecen con los campos, los montes, los pueblos y las gentes de mi tierra, me parecía más horrible aún.

Realmente, la serranía de Castilla la Nueva, y particularmente la de la cordillera carpetana, es miserabilísima y triste, si se exceptúan algunos vallecitos, como el que riega el Lozoya, donde hay tal cual amenidad, porque el clima es menos rígido y el suelo más sustancioso.

Conforme pasaba yo aquellos pueblecillos miserables y veía á sus habitantes, reflejando en su traje, en su color, en sus maneras, en su lenguaje, la miseria y la rusticidad

de la tierra en que vivían, preguntábame cómo aquellas pobres gentes no abandonaban la tierra nativa y buscaban otra más tolerable, y esto me lo preguntaba yo partiendo del supuesto de que aquellas gentes la aborrecían, porque ni siquiera me pasaba por el pensamiento que pudieran amarla.

Llegamos á Somosierra, pueblecillo de cincuenta vecinos, que recibe su nombre de su situación en el somo del puerto, y la diligencia se detuvo para mudar de tiro.

El mayoral nos dijo á los viajeros, creo que con cierta sorna:

—Pueden ustedes bajar si quieren ver el pueblo, que es de los mejores de la sierra.

Bajamos, en efecto, y yo me fuí á ver el pueblo y sus cercanías.

La villa de Somosierra (pues es nominalmente tan villa como Madrid y Bilbao) produce, según Madoz, *centeno, lino, patatas, judías, cebollas, reumas y pulmonías*.

Al recorrerla, al entrar en sus casas, al hablar con sus moradores, entre los cuales ni aun las muchachas de quince á veinte merecen el nombre de bello sexo; al ver sus heredades, al contemplar desde sus cercanías la desolación que la rodea, tuve ansia de abrazar á sus habitantes, porque pensé que éstos necesitaban ser unos santos cuando no habían pegado ya fuego al pueblo, le habían sembrado de sal y se habían alejado en busca de otro.

—¡Miserable de mí, exclamé, que reviento de vanidad creyendo que esta virtud es muy digna de la aureola de los santos! Cierto que es casi idolatría el amor que á la tierra natal tengo; pero ¿qué vale, qué mérito tiene tal amor á la tierra natal, que es tan hermosa, comparado, no diré con el amor, porque ése no pueden tenerle, pero sí con la tolerancia de estas gentes á su tierra natal, que es tan horrible?

Pensando así y pensando que aquellos campos, aquellos árboles abrasados por el rigor del clima, aquellas casas, aquella ermita de las Angustias (que todo era allí angustioso, y hasta aquella iglesia de las Nieves (que todo era allí frío) no tenían siquiera la dicha que tenían los campos, los árboles, las casas, la ermita y la iglesia de mi aldea, de que pensaran en ellos y suspiraran por volverlos á ver los que estaban ausentes de ellos, entreteníame en cortar y aderezar con un cortaplumas una varita de un roble bajo y achaparrado que se alza solitario delante de la ermita, y con la vara en la mano me volví hacia la diligencia, que un instante después emprendió la bajada septentrional del puerto.

III

Caminé, caminé todo el día por aquellas llanuras de Castilla la Vieja. Aquellas llanuras que se extienden desde Aranda de Duero á Burgos me parecen ahora fértiles y hermosas; pero entonces... ¡qué paliza me hubieran dado sus moradores si hubiesen sabido lo que yo iba pensando de su tierra natal! Lo que yo iba pensando siempre comparando la tierra, aunque comparada con la de Somosierra era hermosa, comparada con la mía era horrible.

Entré en la serranía de Burgos, que realmente en fealdad y miseria excede á la serranía carpetana, y continué embelleciendo, con el contraste, á mi tierra natal, y sólo cuando me asomé á la cuenca del Ebro y contemplé la admirable ribera de Valdibielso sospeché que hubiese algún rinconcillo en el mundo que no debiese sonrojarse comparado con éste donde yo había nacido.

Al pasar el Ebro empezó á anochecer, y entonces sí que el idealismo patriótico tomó proporciones gigantescas y sublimes en mi imaginación á favor de las sombras de la noche, que reconcentraron toda mi potencia imaginativa y poética en la tierra natal.

Desde el Ebro hasta la frontera de Vizcaya hay poco más de diez leguas. Como la diligencia caminaba siempre cuesta abajo, las recorrió en poco más de seis horas. ¡Con qué ansia y qué emoción me iba yo acercando á aquella frontera! Mis ojos pugnaban constantemente por encontrar en la oscuridad y el silencio de la noche algo de lo que mi corazón había ansiado por espacio de más de veinte años.

Ladraba un perro ó cantaba un gallo, y creía reconocer en aquel ladrido ó aquel canto algo de lo que yo había oído en mi infancia. El viento del Sur silbaba entre los árboles, y me parecía que aquel silbido tenía ya algo de las dulces armonías de la patria. La noche era oscura, aunque no tanto que no se distinguiese algo el paisaje que me rodeaba; pero este algo era tan mínimo, era tan vago, era tan confuso, que dudaba yo si realmente veían algo mis ojos, ó si únicamente mi imaginación era la que veía.

La diligencia debía dejarme dos leguas antes de llegar á mi aldea, ó lo que es lo mismo, en Balmaseda, que dista de la frontera poco más de media. Si no hubiese yo sabido que no me había de conducir á la aldea, cien veces hubiera creído entrever el campanario de ésta, entrever la arboleda donde jugué de niño, entrever la casa paterna y conocer en el ruido del agua de una presa el de la presa del molino y la ferrería de mi aldea, porque todo el que ha viajado de noche, sabe como á la tenue claridad de la luna escondida entre nubarrones, ó sencillamente á la de las estrellas que tachonan el cielo azul, cree uno ver grandes ciudades donde no hay más que aldehuelas; templos ó fortalezas donde no hay más que rocas; altos campanarios donde no hay más que altos árboles.

No conocía yo apenas el país por donde caminaba, y así mis dudas y mis equivocaciones eran mayores. Cuando todavía me creía lejos de la frontera de Vizcaya, un grito de alegría se escapó de mis labios, y las lágrimas se agolparon á mis ojos: era que á mis sentidos llegaba ya un signo inequívoco de que me hallaba cerca de la tierra nativa: este signo era el olor particular, y para mí siempre grato, de la oya, es decir, de la leña puesta en combustión para carbonizarla.

Poco después noté que la diligencia entraba en una calle alumbrada por faroles de reverbero, y á la luz de éstos, me cercioré con indecible emoción y regocijo, de que me hallaba ya en Balmaseda, el pueblo de las maravillas de mi infancia.

IV

Me rendía el sueño, el cansancio y la emoción; pero aun así, ni por el pensamiento me pasó la idea de dormir y descansar, aun cuando la posada era buena y la cama blanca, blanda y tentadora.

Paséme el resto de la noche asomado á un balcón que daba á la plaza Mayor de la villa. Aquella plaza, aquellos *hastiales* ó *soportales*, aquel pórtico de la magnífica iglesia de San Severino, y aquel camino que desaparecía á lo lejos á la vuelta de un collado en dirección á mi valle nativo, todo aquello que yo entreveía confusa y misteriosamente desde el balcón, estaba para mí tan lleno de

recuerdos, que mi corazón se agitaba violentamente y mis ojos se llenaban de dulces lágrimas, y me parecía que si la emoción que experimentaba entonces no se disipaba con la luz del alba, podría inspirarme el canto más rico de luz y de sentimiento y de armonía que corazón de poeta había exhalado.

La luz del día fué viniendo gradualmente, y con ella se fué moderando del mismo modo la violencia de mi emoción; pero aun era ésta profunda cuando bajé á la plaza, ansioso de verlo todo, tocarlo todo y embriagarme en los recuerdos que para mí encerraba todo.

Entonces me encontré con un licenciado del ejército, cuya cualidad manifestaba el consabido canuto de hojalata pendiente de una ancha y pintoresca cinta de seda; casi siempre dulcísima prenda de amor y de alegría que la madre, la amada ó la hermana, le ha enviado después de respirar muchos años por su vuelta.

Como el amor de la familia y la patria agitaban en aquel instante mi corazón y absorbían mi pensamiento, aquel licenciado, que en cualquiera otra ocasión me hubiera sido poco menos que indiferente, estaba entonces tan lejos de sèrmelo, que sentí como ansia de saludarle, de hablar con él, de decirle no sé qué de patria, y de familia, y de amores, y de recuerdos de la infancia, y del hogar, porque yo decía, ó más bien pensaba, sin dar forma concreta á mi pensamiento: «¡Ese hombre es como otro yo, siente lo que yo siento, ama lo que yo amo, espera lo que yo espero! Su pueblo nativo no será tan hermoso como el mío, porque es imposible que ningún pueblo igual al mío en hermosura, pero quizás sea también hermoso, y aunque sea feo, le amaré y regresará gozoso á él; nadie puede aborrecer á la patria, á no ser que sea tan miserable y desdichada como la de aquellos infelices que la tienen en la cima de los montes Carpetos.»

Así sintiendo y así pensando, saludé al licenciado y le pregunté si volvía contento á su pueblo.

—¡No he de volver! me contestó brillando sus ojos de gozo. Mire usted, no quisiera decir una herejía, mucho menos cuando Dios me concede lo que en toda mi vida le he pedido más de veras; pero le aseguro á usted, que si fuera camino del cielo no iría más contento que voy camino de mi pueblo.

Al oír esto, le estreché la mano, y aun tuve deseos de abrazarle.

—¿Y qué tal es su pueblo de usted? le pregunté.

—Es de lo mejor que yo he visto, para ser pueblo de sierra.

—¿Será de la de Burgos?

—¡Ca! no señor; mi pueblo es mucho más allá. Es ya tierra de Madrid.

—De Madrid vengo yo ahora.

—¡Pues entonces puede que haya usted pasado por mi pueblo! exclamó el licenciado con indecible alegría.

—¿Cómo se llama?

—Somosierra.

Si yo no hubiera tenido ya alguna noción de lo que el patriotismo embellece á la patria, y si el aspecto, el acento, la emoción del licenciado no me hubiesen quitado toda duda de la sinceridad de éste, hubiera yo creído, desde que oí aquel nombre, que el licenciado se burlaba al decir que iba á su pueblo tan contento como si fuera al cielo, y que su pueblo era de lo mejor que había visto entre los pueblos de serranía.

—¡Somosierra! exclamé sorprendido.

—¿Qué, ha pasado usted por allí?

—Sí señor, y recorrido el pueblo y sus cercanías.

—¡Ah! ¿No es verdad que es de los más alegres y hermosos de la sierra?

—Es verdad.

—¿Y no ha visto usted qué chicas tan guapas hay allí?

—Verdad es.

—Me alegro infinito de que usted sea de mi opinión. Más de veinte veces he andado á pescozones en el regimiento con compañeros que me tentaban la paciencia diciendo que si mi pueblo era así ó asao. Quisiera que le oyeran á usted los que tal cosa dicen, para que se convenciesen de que se equivecaban al suponer que yo alababa á mi pueblo, porque pasión quita conocimiento. ¿Conque hasta las cercanías del pueblo recorrió usted?

—Sí señor.

—Y de seguro le gustarían á usted, sobre todo si fué usted por el lado de la ermita.

—Justamente por allí fuí, y del roble que hay delante de la ermita corté esta vara, que le regalo á usted por proceder de su pueblo.

—¡Gracias, caballero! exclamó el licenciado, apresurándose á tomar la vara que yo le alargaba, con tal alegría y tal ansia, que de seguro ni el más ambicioso de los brigadieres de Napoleón tomó nunca con ansia y alegría iguales el bastón de mariscal con que el Capitán del siglo solía sorprenderlos y premiarlos después de la batalla.

El licenciado, no contento con contemplar la vara con alegría y amor indecibles, tuvo impulsos de llevarla á sus labios y besarla como si fuera una santa reliquia; pero se contuvo temiendo aparecer ridículo á mis ojos, tanto más cuanto que las lágrimas pugnaban por brotar de los suyos.

—No extrañe usted, añadió, que me convierta ahora en chiquillo, á pesar de que muchas veces he dado pruebas de muy hombre, según lo acreditan estas cruces que llevo aquí colgadas. ¡Usted no sabe los recuerdos que me trae á la memoria con hablarme de aquella ermita y aquel campo y aquel árbol!

—Me parece adivinar algunos, porque también en mi pueblo hay una ermita y un campo y un árbol que dentro de algunas horas me harán llorar con los recuerdos que traerán á la memoria cuando los contemple.

—¡Ah, caballero, permítame usted que estreche su mano con la mía, porque veo que usted comprende lo que dentro de mí pasa cuando vuelvo al pueblo donde nací, después de pasar seis años suspirando por él y pensando que en él suspiraban por mí!

—¡Cerca de veinticuatro he pasado yo suspirando por el mío, y pensando que allí suspiraban y aun morían suspirando por mí! Dígame usted algo de los recuerdos que traen á su memoria la ermita y el campo y el árbol de su pueblo, á ver si tienen alguna semejanza con los que dentro de algunas horas traerán á mi memoria una ermita y un campo y un árbol semejantes.

—Con mucho gusto le diré á usted algunos, ya que decirselos todos sea imposible, porque sería cuento de nunca acabar. Cuando yo era niño de pecho, viéndome mi madre moribundo, me cogió en los brazos, y corriendo conmigo á la ermita, se arrodilló á los pies de la Virgen clamando desolada: «¡Santísima Madre, ten compasión de mí y detén la vida que huye de este querido pedazo de mis entrañas!» Mi pobre madre dice que apenas clamó así, la Virgen le sonrió amorosamente, y cuando poco después salió conmigo de la ermita yo sonreía también alegre y sonrosado, porque había recobrado la salud por medio de un milagro. Desde entonces todos los días va

mi madre á aquella ermita y habla á la Virgen de mí, y por mí le ruega llorando. Ya ve usted que aunque no tuviera más motivos que éstos (que tengo muchos más) para conmovirme pensando en aquella ermita, si no me conmoviera pensando en ella no tendría corazón.

—Es verdad, amigo mío.

—¿Para qué le he de molestar á usted con los recuerdos de mis juegos y alegrías de niño, y de mis solaces de mozo en aquel campo donde la juventud del pueblo se reúne y se divierte los días festivos? Para que usted comprenda en toda su extensión y verdad lo que siento al ver esta rama desprendida del árbol, á cuya sombra casi he pasado los primeros veinte años de mi vida, necesito decirle á usted algo que á otro le parecería desdecir de un hombre que como yo ha andado seis años por el mundo corriendo peligros y afeando la blandura de corazón de las mujeres y de los mozos imberbes.

El licenciado llevó la mano á su pecho, y enseñándome una medallita de latón que llevaba pendiente del cuello, luego la cinta de que pendía el canuto de la licencia, añadió:

—¿Ve usted esta medallita? ¿Ve usted esta cinta de seda? Pues las dos proceden de mi pueblo, y son regalo de una misma mujer, que no es mi madre ni mi hermana...

—Comprendo perfectamente quién es.

—Pues bailando con ella una tarde en aquel campo le dije que la quería, y arrodillados poco después uno al lado del otro en aquella ermita, juramos en voz baja y temblorosa que nos queríamos siempre. Un anochecer nos reunimos bajo aquel árbol para despedirnos, porque antes de amanecer debía yo emprender la jornada que al fin va á terminar. «Toma, me dijo, esta medalla de la Virgen de las Nieves, que está bendita, y el corazón me dice que te ha de salvar de todo peligro.» Y así diciendo, besó esta medallita y me la puso al cuello. Entonces yo, buscando en el cielo algo que no encontraba en la tierra para corresponder á su fineza, saqué la navaja é hice en el tronco del árbol una crucecita exclamando con los ojos llenos de lágrimas: «¡Por esta santa cruz te juro que te he de querer hasta la muerte!» ¿Comprende usted y disculpa, después de oír todas estas simplezas que le he de dicho, por qué pierdo los estribos al pensar en la ermita, el campo y el árbol que me recuerda esta vara?

—¡Pues no lo he de comprender si lo siento!

Momentos después el licenciado y yo nos estrechábamos la mano, y partimos en dirección opuesta, cada uno hacia donde nuestro corazón y nuestros recuerdos nos llamaban.

—«¡No hay patria fea!» iba yo pensando con toda la convicción de mi alma.

ANTONIO DE TRUEBA.

Romance antiguo

Si tienes el corazón,
Zaide, como la arrogancia,
y á medida de las manos
dejas volar las palabras;
si en la vega escaramuzas
como entre las damas hablas,
y en el caballo revuelves
el cuerpo, como en las zambras;

si el aire de los bohordos
tienes en jugar la lanza,
y como danzas la toca,
con la cimitarra danzas;
si eres tan diestro en la guerra
como en pasear la plaza,
y como á fiestas te aplicas,
te aplicas en la batalla;
si como el galán ornato,
usas la lucida malla,
y oyes el son de la trompa
como el son de la dulzaina;
si como en el regocijo
tiras gallardo las cañas,
y en el campo al enemigo
le atropellas y maltratas;
si respondes en presencia,
como en ausencia te alabas,
sal á ver si te defiendes
como en el Alhambra agravias
y si no osas salir solo,
como lo está el que te aguarda,
algunos de tus amigos
para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros,
no en palacio, ni entre damas
se aprovechan de la lengua,
que es donde las manos callan;
pero aquí que hablan las manos,
vén, y verás como habla
el que delante del rey,
por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe,
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,
le dijo:—Véte á la Alhambra,
y en secreto al moro Zaide
da de mi parte esta carta;
y dirásle que le espero
donde las corrientes aguas
del cristalino Genil
al Generalife bañan.

(DEL ROMANCERO GENERAL)

Cantares

El que hace una promesa
tenga presente
que ha de cumplir sin falta
lo que promete:
que á tanto obliga,
que hasta los enemigos
deben cumplirla.

Ya no hay padre santo en Roma,
ni en España cristiandad,
ni en las mujeres firmeza,
ni en los hombres lealtad.

La palabra de los hombres
es como la caña vana,
que de lo que dicen hoy,
ya no se acuerdan mañana.



UNA SEÑORITA CHINA GRADUADA

NOVELA TRADUCIDA DEL CHINO AL INGLÉS

POR

EL PROFESOR DOUGLAS

CAPÍTULO I

QUIÉN, entre los trescientos millones de hijos de Han, ignora aquel dicho popular tan antiguo: «sobre nuestras cabezas está el Paraíso; pero acá abajo tenemos las comarcas de Hang y Su?»

Aunque es proverbial la belleza de estas insignes ciudades, bien puede afirmarse que no son comparables por su situación, ni por la originalidad de su fisonomía, con muchas de las que se encuentran en la provincia llamada de las Cuatro Corrientes. El lugar, en tal concepto, más favorecido de esta parte del imperio es Mienchu, el cual, como su nombre lo indica, es celebrado por los flexibles bambúes que pueblan sus alrededores, y que por cierto no son sino uno de los muchos atractivos de tan pintoresca comarca.

Situada la población al pie de una cordillera, cuyos picos descuellan altivos sobre una verde y exuberante vegetación, hasta la región de las nieves perennes, ocúltase en medio de unos bosques de hayas, cipreses y bambúes, entre cuyo frondoso follaje se alzan las amarillas techumbres de los templos y residencias oficiales, haciendo en el paisaje el efecto de islas de oro en una mar verde-esmeralda, mientras que más allá se precipita entre dos tajadas y rudas márgenes el tributario del río Fu, que lleva el caudaloso Jangtszé-kiang las mercancías y los viajeros que se dirigen á las provincias orientales.

Dentro del recinto murado reina constantemente una animación extraordinaria, al paso que en los suburbios se ven desparramadas las mansiones de aquellos que tienen la dicha de vivir tranquilos y no molestados por el clamor

de los *les* y los *changs* (1) de la ciudad. Allí, en una situación que pudiera envidiar el mismo hijo del Cielo, hay la residencia oficial del coronel Wun. Exteriormente tiene la apariencia del palacio de un príncipe, y dentro de los fuertes muros que la circuyen, hay una porción de patios, habitaciones, jardines y pabellones de verano, que no tienen rival en grandiosidad y belleza. El cargo confiado al coronel Wun era uno de los más solicitados de la provincia y, por regla general, sólo se confiaba á militares muy distinguidos. Aunque gozaba de una bien ganada reputación en el ejército, el mayor título que podía alegar para el logro de tan codiciada posición, era la brillantez con que había hecho sus estudios.

Los conocimientos literarios que poseía habíanle granjeado muchos amigos entre los empleados civiles del distrito, en el cual era muy respetado y gozaba de un gran prestigio.

Por desgracia, su primera esposa murió, no dejando sino una niña para recuerdo de su breve paso por la tierra. A la época en que empieza esta verdadera historia, su segunda esposa había tenido la dicha de darle un hijo ardorosamente apeteído. Era la tal una de esas lindas y joviales criaturas que saben conciliarse sin esfuerzo el amor de sus maridos, sobre todo cuando son mucho más viejos que ellas. Cantaba con una voz muy agradable, tocaba la guitarra con gusto y expresión y bailaba muy graciosa y ágilmente.

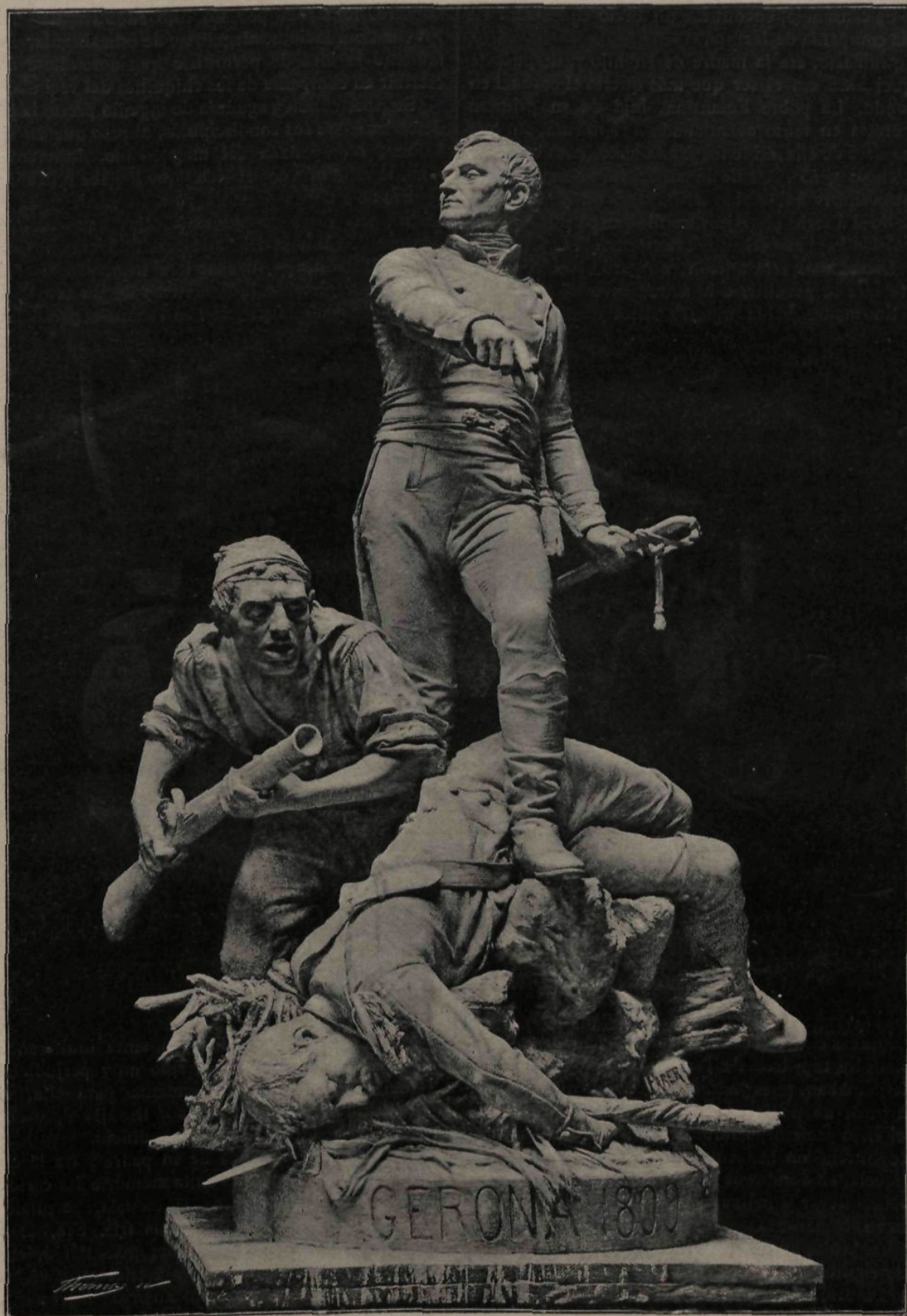
(1) *Le* quiere decir el pueblo. *Le* y *chang* son los dos apodos más comunes entre los chinos.



CAZADOR DE LEONES

GRUPO ESCULTÓRICO DE A. VALLMITJANA ABARCA

LA VELADA



GERONA, 1809

GRUPO DE ANTONIO PARERA

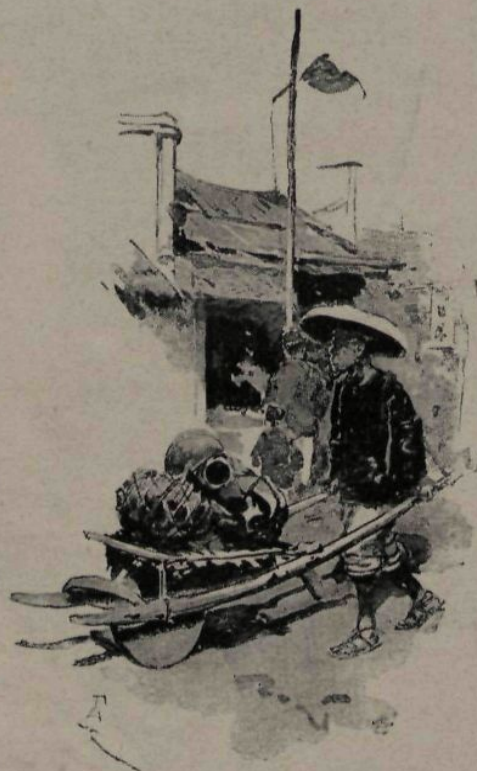
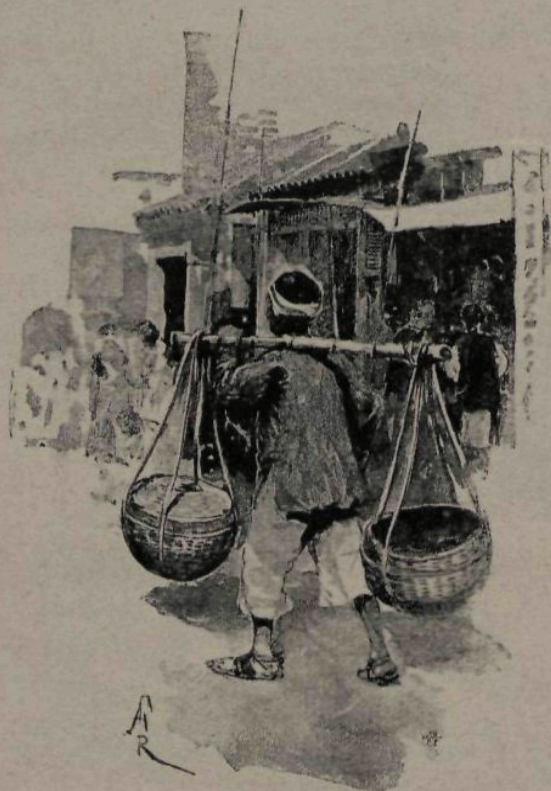
No era de extrañar, por lo tanto, que al regresar el coronel de sus visitas de inspección, cubierto de polvo y rendido de cansancio, encontrase un alivio consolador en la gozosa compañía de Jacinta.

Por otra parte, era la madre de su hijo y, después de ella, aquel niño era el ser que más quería el coronel en este mundo. La pobre Eglantina, hija de su primera mujer, crecía en tanto abandonada á sí misma, sin que nadie cuidase de ella, ni le fuese á la mano para enfrenar su caprichoso genio. Desde la niñez, una de sus solitarias distracciones había sido disfrazarse de niño, y tan familiar llegó á serle el traje varonil, que poquito á poco fué adquiriendo el carácter que exteriormente la daba este disfraz. Llevada de esta afición, no paró hasta lograr de su padre que le permitiese ir á una cercana escuela de niños. Su madre había muerto antes que el coronel

hubiese sido destinado á Mienchu, y la gente de la localidad, que había visto siempre á la niña vistiendo traje de hombre, tomábala por un hijo adoptivo de su padre. En cuanto á Jacinta, alegrábase de esta singular afición y fomentó la idea de permitirle que aprendiese á leer y escribir en compañía de los chiquillos del vecindario.

Su penetración y agudeza de ingenio presto la hicieron descollar sobre sus condiscípulos, al paso que su singular belleza, acompañada del magnetismo, inherente á su sexo, le valía una popularidad que llegaba á la adoración.

Era de estatura gallarda para su edad, y su ovalado rostro, sus rasgados ojos, sus cejas que recordaban el contorno de la hoja del sauce, su diminuta boca, su brillante dentadura y su cabellera negra como el ala del cuervo, completaban los atractivos de un semblante que hubiera llamado la atención en cualquier país del mundo.



Dentro del recinto murado reina siempre una animación extraordinaria

Sus camaradas encontraban un placer indecible en satisfacer todos los caprichos de Tsunk-ing ó el *Joven Noble*, como le llamaban, pues ya se comprenderá que, al cambiar de sexo, no podía conservar su nombre femenino. Hasta el viejo profesor, comunmente ceñudo y enfurruñado, le sonreía con benevolencia cuando la veía entrar en la escuela, en donde sus graciosos versos y su elegante prosa solían llevar la palma, eclipsando las composiciones de todos sus camaradas.

Muchas tardes invitó al Joven Noble á pasar á su casa para leer capítulos de Confucio y poemas de Le. Taipoh, y cuando murió, al cabo de algunos años, encontráronse entre sus manuscritos más celosamente guardados varias poesías firmadas por Tsunk-ing, muchas de las cuales eran dedicadas á los flexibles sauces, los temblorosos bambúes, la pálida luna, los patos silvestres, el sonido de la flauta en un día de lluvia y el incentivo del vino, con arreglo á los modelos contenidos en la *Guía de los poetas*, tratado muy leído en la comarca.

A no haber sido tratada con tanta indiferencia en su casa, estos mimos habrían sido muy perjudiciales para Eglantina; mas, afortunadamente para ella, el efecto producido por tantas caricias y lisonjas desvanecíase en cuanto pasaba los umbrales del edificio.

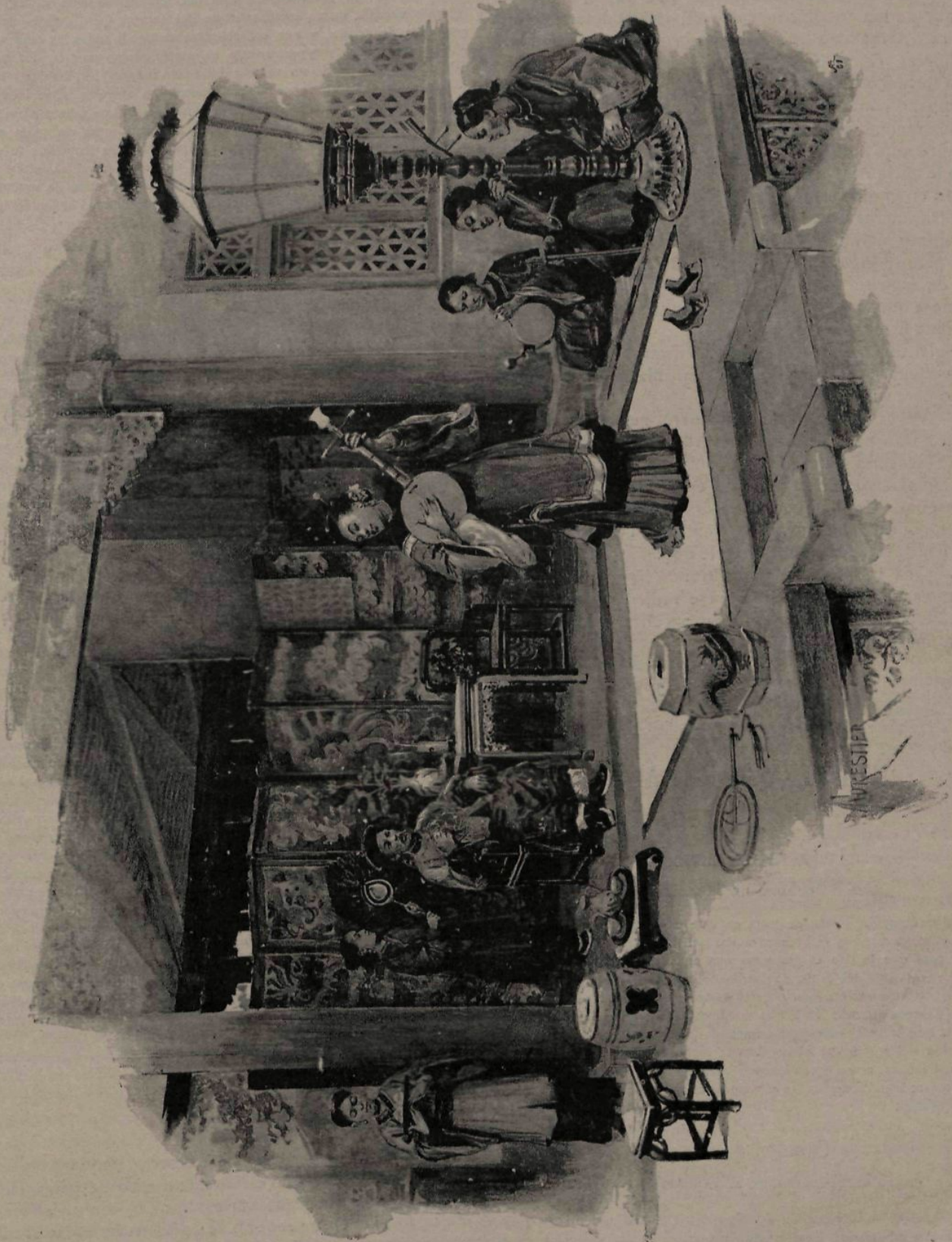
Al verse en presencia de su padre y de la esposa de éste llevando aún frescas en la memoria las caricias y las felicitaciones recibidas en la escuela, pareciale que la zambullían en un baño de agua fría. Era, en realidad, un contraste sano y vigorizador; pero tan doloroso, que Eglantina huía muchas veces á encerrarse en su cuarto y allí desahogaba, vertiendo amargas lágrimas, el pesar que la oprimía.

Nada la consolaba tan eficazmente de sus penas como el estudio. La sociedad de sus libros haciale vivir imaginativamente en remotas centurias, permitiéndole forjarse la ilusión de que tomaba parte en los grandes sucesos relatados por los anales del imperio y gozaba de la sociedad de los sabios y los poetas antiguos.

LA VELADA

Cuando hubo adquirido todos los conocimientos que el anciano profesor podía comunicarle, salió de la escuela, asociándose para continuar sus estudios con dos mu-

chachos de su edad llamados Wei y Tu, condiscípulos é íntimos amigos suyos. Fueron los tres tan aplicados, que en el primer examen obtuvieron el diploma de



Cantaba con una voz muy agradable, tocaba la guitarra con gusto y expresión, y bailaba muy graciosa y ágilmente (Véase pág. 231)

bachiller en artes y, estimulados por este triunfo, resolvieron continuar su tarea, ganosos de conseguir más altas distinciones.

Tu y Wei amaban igualmente á Eglantina, profesán-

dole una amistad verdadera, y por cierto que éste era el único punto de semejanza que existía entre ellos, pues en todo lo demás eran dos tipos diametralmente opuestos. Wei era chico de ingenio, poeta fluido, notable por la

corrección de su estilo y la oportunidad de las citas con que esmaltaba sus composiciones. En cambio, su carácter carecía de firmeza; era muy vanidoso y pirrabase por excitar la admiración de sus compañeros.

Esto le hacía incapaz de tolerar la crítica de sus obras y muy envidioso de sus émulos. Tu, por el contrario, aunque no tan inteligente como él, estaba dotado de una rústica originalidad que avaloraba sus escritos y le hacía considerar como un agradable compañero. Como no tenía formado un concepto exagerado de su capacidad, no se empeñó jamás en aparecer diferente de lo que era, y no atemperándose servilmente á las opiniones ajenas, fué siempre muy natural y muy independiente en sus juicios. Esto le hacía muy simpático á todos sus compañeros, que tenían en grande estima sus cualidades y su afecto.

Físicamente eran tan distintos como considerados en su aspecto moral. Wei era realmente un guapo muchacho; pero su belleza no revelaba la placidez ni la sinceridad de espíritu, en tanto que la fisonomía de Tu, menos hermosa que la de su compañero, retrataba la inflexible y honrada firmeza de su carácter.

Eglantina quería realmente á entrambos, sin curarse de averiguar á cuál de ellos prefería. Muchas veces había dicho para sus adentros:

—Wei es un agradable compañero, pero si tuviese que elegir á uno para un acto de verdadera amistad ó para novio escogería sin vacilar á Tu.

Complacíase muy á menudo en hacer comparaciones entre ellos. Un día que allá en su imaginación estaba dedicándose calladamente á este ejercicio, Tu alzó los ojos, que tenía clavados en el libro y le dijo:

—¡Qué lástima que el cielo nos haya hecho nacer hombres á entrambos! Si yo fuese mujer, mi sueño sería ser tu esposa, y si tú fueses mujer, yo cifraría mi dicha en ser tu marido.

Traducción del inglés por
J. COROLEU.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

La hora del almuerzo

CUADRO DE MULLER

De un chiquillo glotón se trata en este expresivo cuadro, porque ya desde el nacer empieza el hombre á dar señal de sus aficiones. ¡Cómo chillaba para que le den el almuerzo que aguarda con ansia! ¡Cómo se retuerce en la silla que le tiene aprisionado, y de la cual escaparía gustoso á serle posible, arrastrándose á gatas hasta sitio en donde pudiese encontrar la deseada pitanza! El artista ha interpretado con suma verdad este asunto, que indudablemente ha tomado del natural. Es exactísima la expresión del rostro del chico llorón; bien precisados los rasgos de su abultada cabeza, acaso excesivamente abultada para la edad que representa tener; bien dibujadas las extremidades, y ejecutados con arte todos los accesorios.

Cazador de leones

GRUPO ESCULTÓRICO DE A. VALLMITJANA ABARCA

¡Qué vigor se advierte en este grupo! ¡Con qué valentía se halla concebido y modelado! Respira vida por todos lados. Vida hay en el árabe que sujeta los cachorros del león con mano de bronce, manteniéndoles aprisionados y acabando por dominarlos. Vida existe en aquellos animales, cuyos instintos de fiera aparecen ya desde que nacieron. Vida presentan todas las líneas del grupo, accidentadas sin que degeneren en tormentosas, enérgicas desde todos los puntos en que puede contemplarse

el grupo, y singularmente desde el que hemos elegido para esta reproducción. El joven artista Vallmitjana Abarca trata con idéntica fortuna la figura humana y los animales, lo cual le permite dar á sus grupos una variedad que no es asequible para los escultores que se han dedicado exclusivamente á uno solo de los dos expresados géneros. El árabe, que está dominando los leones, es una figura interpretada con una holgura y una verdad que encantan. El tipo del hijo del desierto es de una rigurosa verdad, es un estudio directo del natural, pero estudio hecho con alma de artista, y por consecuencia reuniendo todas las cualidades que le imprimen interés permanente, el interés que no tendría si aquella cabeza, que da idea de un valor y resolución indomables, hubiesen sido vaciadas en yeso sobre el mismo, mismísimo africano. Con idéntica pericia y verdad están modelados el torso, los brazos y las piernas del domador, trabajo hecho sin vacilaciones, con la firmeza de quien sabe los efectos que obtendrá al plasmar el barro. En los leoncillos se descubren repetidas bellezas de desempeño, también dimanadas del estudio pertinaz que Vallmitjana Abarca ha hecho de esta clase de animales, como de otros varios, según lo dijimos en otra ocasión al ponderar su talento en este género escultórico.

Gerona, 1809

GRUPO DE ANTONIO PARERA

No necesitaría este grupo escultórico la inscripción, elocuentísima en su sencillez, que lleva al pie, para que todo español adivinase al instante su asunto. El noble general que en él sobresale, teniendo á su lado un guerrillero catalán, no puede ser otro que el denodado don Mariano Álvarez de Castro, defensor de Gerona. Y aun cuando esta ciudad cuenta otros hechos de guerra muy gloriosos en sus anales, á ninguno se iguala sin duda alguna la defensa contra el ejército invasor francés, en el memorable sitio de 1809. La sola narración de las hazañas que llevaron á cabo la guarnición y todos los moradores de la ciudad invicta, constituye un verdadero poema épico. La fe religiosa y el amor á la patria inflamaban todos los corazones, y estos altísimos sentimientos infundían valor á toda prueba, aun á aquellos que pudieran sentir la debilidad de la cobardía, si por acaso llegó á notarse ni siquiera entre las mujeres defensoras de aquella ciudad en 1809. Entre los ilustres jefes militares que allí combatieron por la independencia de España, entre los frailes y prebendados que con sus exhortaciones y con su mismo ejemplo sostuvieron el valor en el vecindario, entre las heroicas mujeres que con aquel fin expulsaron el pecho á las balas enemigas, entre los oscuros hijos del pueblo, héroes muchos de ellos por su serenidad y su valor indomable, ergúase la figura hermosísima de Álvarez de Castro, del general que en el famoso ataque del mes de Septiembre aparecía en todos los puestos de mayor peligro, que no dejó siquiera que se hablase de capitulación mientras conservó las fuerzas, y que al caer postrado en cama, vencido por una fiebre nerviosa se postró también Gerona, conforme lo dice un historiador, el día 10 de Diciembre del referido año. La entereza y el valor resplandecen en la arrogante figura de Álvarez, modelada por Antonio Parera en su grupo. El insigne general está caracterizado con extraordinaria perfección, lo cual ocurre también en el catalán que armado del trabuco se apresta á la defensa. Ambos dominan sobre el cadáver de un francés y sobre un montón de despojos de la guerra. La agrupación hábil, natural, sin efectos violentos ni rebuscados, contribuye á imprimir grandiosidad á este grupo, modelado con grande holgura y con superior inteligencia y en el que brilla un puro sentimiento de amor á la patria. El joven escultor catalán Antonio Parera, pensionado en Roma por el Estado, que en otras obras escultóricas había dado ya relevante prueba de su ingenio en este difícil arte, ha acreditado, con el grupo que hoy publicamos, que á las cualidades de pericia y habilidad en el desempeño une la de una inteligencia clara que sabe hallar temas valientes y desarrollarlos cual corresponde á su elevada significación histórica.

Mesa revuelta

Para conservar las uvas es necesario limpiarlas y envolver cada una de ellas en un cucurucho de papel en el cual se hayan practicado varios agujeros con un alfiler, ó mejor todavía en un saquito de crin. Átese luego el rabo del racimo con el hilo que ha de sujetar el saco y déjense las uvas en la misma parra, resguardadas de la intemperie por medio de una cubierta ó tejadillo transparente. Es necesario cortarlas antes que lleguen las heladas. Se las puede conservar durante algunos meses, suspendidas

por medio de hilos sujetos á unos clavos puestos en las vigas del techo.

Otro procedimiento para su conservación, consiste en recoger la uva en tiempo seco, si es posible, y colocarla con mucho cuidado en cestas, procurando no machacarla, transportarla luego en un aposento orientado al Mediodía, y poner en hileras los racimos de manera que queden separados unos de otros valiéndose de la paja. Una vez así dispuestos, no deben tocarse hasta el momento de servirlos á la mesa: las uvas que han sido tocadas pierden la frescura, y muy á menudo se pudren al cabo de uno ó dos días. Déjense abiertos los postigos y completamente cerradas las persianas, á fin de que una luz débil y suave penetre constantemente en la habitación, y procúrese no abrir en ningún caso las ventanas, porque si la atmósfera está cargada de humedad, las uvas se corromperían en seguida. No se olvide, por fin, que la perfecta conservación de las uvas se debe en general á que en la habitación en que están encerradas reine una temperatura constante, si es posible, y penetre una luz suave al través de las persianas.

Otro medio consiste en recolectar los racimos en tiempo seco, quitarles los granos que no estén enteros, cerrar completamente el extremo del rabo del racimo, y colocarlos separadamente en unos saquitos de papel preparado con cola, doblándole de manera que sea difícil que penetre el aire en el interior y luego se suspenden los racimos por el rabo.

También puede emplearse otro procedimiento, que consiste en colocar en un tonel abierto por un extremo varias capas alternadas de salvado, trigo secado al horno y racimos perfectamente secos. Luego se tapa el tonel, y se coloca en un local cuya temperatura sea constante y un poco elevada. Por este medio pueden conservarse las uvas hasta seis meses.

El célebre comerciante de París, Chevet, conservaba las uvas, las nueces y las castañas durante mucho tiempo, y en muy buen estado; para ello, las distribuía en diversas capas entre las cuales mezclaba cal en polvo en cantidad mayor ó menor, según la clase de frutas de que se trataba. El vaso ó jarrón destapado en el que había colocado, como queda dicho, las frutas, lo ponía boca abajo haciendo de modo que una capa de 5 á 6 centímetros de espesor cubriera completamente el orificio.

Todavía podemos indicar otro medio muy recomendable para la conservación de las uvas. Consiste en distribuir los racimos separados unos de otros en varias cajas planas, abiertas por la parte superior, y cubiertas en su fondo de helechos muy secos, ó de paja de centeno, ó bien colóqueselas en cajones de un aparador cuyo fondo sea de lata y abiertos en su parte superior para dejar libre la circulación del aire; una vez así dispuesto se coloca el frutero en lugar seco y de vez en cuando se separan de los racimos los granos echados á perder. De este modo pueden conservarse por espacio de siete ú ocho meses.

Todos los medios indicados dan por resultado que las uvas se arrugan y los racimos pierden gran parte de su belleza, de modo que si bien resultan unos postres sabrosos, en cambio dejan de ser el natural adorno de una mesa servida con esplendidez.

Para evitar este inconveniente, en el momento de recolectar las uvas, córtese una parte del sarmiento que contenga los racimos y sumérjase en seguida en un frasco de agua mezclada con una pequeña cantidad de polvo de carbón, al objeto de impedir que se corrompa. Por este medio la evaporación más ó menos grande producida por

los racimos, viene compensada por la absorción correspondiente del agua del frasco y permite conservar hasta el mes de Mayo, frescos y sabrosos racimos, cuyo hermoso aspecto pronto nos hará olvidar que no tienen tan buen sabor como los conservados por los procedimientos anteriores.

* * *

En presencia del rey de Nápoles y muchos caballeros, trujo un lapidario infinitas piedras preciosas. Ya, después de haber vendido muchas, halló de menos un diamante riquísimo, y dijo:—No creo yo que en presencia de vuestra alteza se me pierda un diamante que me falta.—Entonces el rey, como prudente, mandó traer un plato lleno de salvado, y mandó que todos pusiesen la mano cerrada en el plato, así como él, y la sacasen abierta. Hecho esto, mandó que mirase el lapidario el plato, y halló su diamante.

* * *

En un banquete, estando el señor que lo hacía en la mesa, vido como uno de los convidados se escondió una cuchara de oro, y por el consiguiente él escondió otra. Viniendo por diversas veces á la mesa el guarda-plata por buscar las cucharas que le faltaban, dijo:—Toma, descuidado, toma esta cuchara, que el señor Fulano te dará la otra, que no lo hicimos sino por probarte.

* * *

A un cierto viejo corrían los mochachos sobre cierta cosa que le decían. El cual astutamente, por desviar que los mochachos no se la dijese, compró confites, y topando con los que se la decían, y los que no se acordaban de ello, dábales confites diciendo:—Mochachos, tomad, porque me digáis eso que me soléis decir.—De allí adelante no les quiso dar más, y como los topaba decía:—Mochachos, ¿por qué no me decís lo que solíades?—No diremos si no nos dais confites: ¿pensáis que somos bobos?—Y de esta suerte hizo callar los mochachos de lo que tanto se corría.

* * *

En una exposición pajaril de Berlín llamaron mucho la atención unos canarios de diversos colores. Parece que desde algún tiempo antes aquellos canarios habían sido alimentados con pimienta de Cayena, cuya alimentación les hizo perder por completo su primer plumaje transformándose magníficamente: los había de color muy oscuro, de rojo vivo, anaranjado, etc., etc. Parecían pequeñas cotorras. Después este procedimiento se ha extendido mucho como cosa curiosa en general y muy interesante para las ciencias naturales.

* * *

Para tapar una rendija, ó evitar que se escape agua de cualquier recipiente, sea el escape alrededor del grifo ó en cualquier otro lado, se forma una pasta con polvo de asbesto ó de amianto y silicato de sosa líquido, y con ella se rellenan las aberturas de escape. Esta composición se endurece rápidamente, sostiene cualquier temperatura y es impermeable al vapor.

* * *

Muchas personas, cuyo estómago delicado no puede soportar la acidez de las coles, pueden suavizarla y hacer dichas legumbres compatibles con su estómago, poniendo

con ellas, al cocerlas, un buen pedazo de miga de pan, atado dentro de un lienzo. Una vez cocidas, se quita la miga que ha absorbido toda la acidez de la col, como lo prueba el olor fétido que despide. Después se acaban de preparar y servir las coles, que se han puesto agradables al gusto y al olfato. Un procedimiento casi idéntico se emplea para con las grasas ó mantecas rancias. Basta ponerlas al fuego y darlas una ebullición, poniendo un pedazo de pan tostado que se apodera de lo rancio, dejando á la grasa ó la manteca libres de aquel inconveniente.

* * *

Contra el dolor de muelas ensáyese el siguiente remedio:

Eter sulfúrico.	8 gramos
Alcanfor.	30 centigramos
Creosota.	4 gotas

Mójese algodón en esta mezcla, é introdúzcase en la cavidad de la muela cariada.

* * *

Para quitar manchas se recomienda la siguiente receta:

Esencia de trementina pura incolora.	150 partes
Alcohol de 80º centigrado.	13 >
Éter.	18 >

Se mezclan los tres líquidos en un frasco con tapón esmerilado, y se emplea frotando en las manchas con una brocha ó con un pedazo de lienzo. El olor fuerte de la esencia de trementina puede modificarse añadiendo algunas gotas de esencia de espliego.

* * *

Se escribe la historia con la ceguera del fatalismo, dejándose persuadir de que los sucesos hacen los hombres, siendo por el contrario los hombres los que producen los sucesos. Semejante doctrina, que libra de responsabilidad á todo el mundo, debió ser inventada por la cobardía, que procura excusarse, ó por la violencia, que pretende justificarse. La idea (muy falsa) de que el curso de las cosas de este mundo es irresistible y tiene sus destinos, que no pueden cambiar ni la energía de la voluntad humana, ni la hábil dirección de sus esfuerzos, paraliza el vigor y traba la libertad del genio del bien; y en cambio es el auxiliar del genio del mal, al que deja en completa libertad.—R. B.

* * *

Teme la tranquilidad del malo, más que la cólera del hombre de bien.—(PAU-SHA-TAUTRA).

* * *

El hombre que ama demasiado las riquezas y los honores, por más cuerdo que sea, no podrá defenderse por mucho tiempo de la corrupción del siglo.—PENSAMIENTO CHINO.

* * *

Cuando estés en una asamblea no abuses de la palabra ni tampoco del silencio: sírvete alternativamente de las orejas y de la lengua.—(NABI-EFFENDI).

* * *

Donde ponen las plantas los grandes ejércitos pronto brotan cardos y espinas.—(LAO-TSEN).

Recreos instructivos

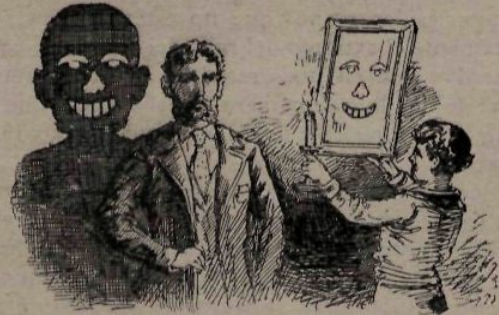
XII

—¿Se puede ver al fin lo que estaba usted haciendo encerrado en su cuarto?

—Ya lo creo, Clarita, como que está ya concluido: son dos terribles siluetas que van á dar gran golpe esta noche, intercalando su aparición con los fantasmones de la linterna mágica.

—¿Y el espejo que pidió usted, para qué objeto lo quería?

—Para lograr con él otro efecto de óptica muy curioso; he cubierto con papel delgado toda la superficie del cristal, luego recorté en el centro unos ojos tamaños, una nariz inverosímil y una hilera de dientes digna de un atroz caníbal; después pondré encima otro papel de igual tamaño en que hay figurados los párpados y los labios de manera que moviendo el segundo papel de arriba abajo, abrirá y cerrará alternativamente los ojos y la boca: pues



bien; haciendo que vaya la luz de una bujía al plano del espejo, y reflejando desde éste á la pared los puntos luminosos que han quedado en descubierto y tienen la forma de ojos, nariz y boca, lograremos con esto que cuando alguno de nosotros se interponga entre la bujía y la pared, irá á su sombra el reflejo de mi espejo mágico, pareciendo que el individuo cuya silueta se marca en la pared tiene la extraña fisonomía que he recortado en el espejo; ya veréis qué cosa tan rara.

—Y en la linterna mágica, ¿qué vamos á poner?

—Las vistas suizas que pintó Sofía sobre el cristal, copiándolas de las excelentes fotografías que todo turista se cree obligado á llevarse de Suiza como impercedero recuerdo de su excursión á aquel hermoso pero frío país.

—No he visto cómo se pintan esas vistas.

—Hay varios procedimientos, pero el más sencillo es el que hice adoptar á Sofía: se toman cristales claros y de muy poco espesor, de unos treinta centímetros de largo, en que quepan holgadamente dos vistas del diámetro del tubo de la linterna; debajo del cristal, se coloca la vista fotográfica que hay que reproducir y se calca con tinta china indeleble; luego de perfilado el paisaje sobre el cristal bien limpio, se pinta con colores transparentes de los que venden para iluminar fotografías, ó se preparan adicionando goma ó glicerina á los colores usuales; la masa del color debe ser algo espesa, pero sin perder la transparencia, y se emplean los colores no opacos, proscribiendo los ocre y bermellones, y empleando el azul de Prusia, el siena quemado, el amarillo indio, el carmín, etc. Después que se han pintado los discos, se deja secar el color, y con una punta de hierro dulce se

sacan los claros brillantes, dejando al descubierto el cristal para que lo atravesase la luz: con este procedimiento se hacen magníficas vistas, se imitan muy bien las escenas nocturnas de Venecia, los hielos del Mont-Blanc, los bosques de África iluminados por la luna, y un sin fin de efectos muy artísticos que, reflejados en la pared, producen verdadera ilusión.

- Ya estoy deseando pintar alguna de esas vistas.
- Pues no falta nada para que pueda usted, cuando



quiera, ensayar ese género de pintura; hay en el desván cristales de desecho y de ellos sacaremos trozos regulares...

- ¿Cómo?
- ¡Toma! cortándolos.
- Pero el vidriero... aquí no hay vidriero.
- Se improvisará: hay muchas maneras de cortar el cristal: por ejemplo: se toman unas tijeras fuertes, de las de cortar cartón, y metiendo las manos, el cristal y las tijeras en el agua, se puede cortar el cristal con un poco de paciencia; no queda del todo bien la cortadura, pero basta para dividir un trozo grande en varios trozos: además, se puede fabricar un carbón especial que puesto



en ignición y pasándolo por encima del vidrio lo corta: este carbón se obtiene haciendo disolver en agua 30 gramos de goma arábiga y 13 de goma adragante, y luego en alcohol 5 gramos de estoraque: todo esto lo hallaremos en el botiquín de papá; se mezclan estas dos soluciones y se añade 100 gramos de carbón fino pulverizado; así forman una pasta espesa que se convierte en una especie de lápiz, haciéndola rodar por encima de un vidrio plano, polvoreado con carbón; el lápiz se hace secar lentamente

con ayuda de un calor suave. Y una vez seco este carbón enrojecido al fuego, corta el vidrio en todas direcciones, bastando para empezar el corte abrir con una pequeña lima un pequeño entalle.

Hay, además, y se compran muy baratos, ciertos *diamantes* de vidriero, que venden en las ferias, y que consisten en una ruedecilla de metal montada en un lapicero: creo que tengo uno de esos *diamantes* en mi cofre y así nos ahorraremos mucho trabajo.

—¿Y las siluetas?

—También pueden cortarse con esas ruedecitas, pero yo prefiero el rejón; aquí están las que hoy he recortado: una de ellas representa el célebre Paganel, el tipo del *savant*, que Julio Verne ha satirizado con bastante gracia en sus novelas; el hombre eternamente distraído... como yo.

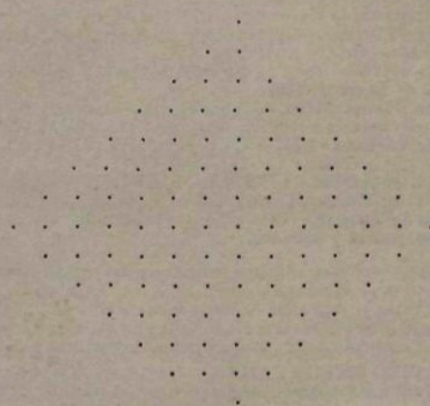
Volviendo á las siluetas, le diré que son muy útiles para acostumbrarse á ver la forma y el claro-oscuro con sencillez: el genial dibujante J. J. Granville había hecho muchos estudios de este género, y alguno de ellos lo reproduciré para que podamos gozar de los inesperados efectos de claro-oscuro que proyectan sobre la pared tales recortes; el repertorio de las ilusiones ópticas es inagotable; porque en este mundo casi nada es en realidad tal como aparece ante los ojos.

JULIÁN.

Solución á los enigmas anteriores

- 1.º Un mito. 2.º El espejo. 3.º La encina. 4.º De agua.
- 5.º Los higos chumbos

LOSANGE



Sustituir los puntos con letras, de modo que resulte, en cruz, el nombre de una ciudad célebre, donde no la hay todavía.

Soluciones parciales: 1, letra; 2, pronombre muy importante; 3, río célebre; 4, viento correcto; 5, hombre algo incorrecto; 6, madera buena; 7, irredentista; 8 (solución); 9, monte más alto de lo regular; 10, gente acuática; 11, ninfa; 12, héroe español; 13, gran cosa, pero fonta; 14, letra.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los *Sras. Espasa y Comp.ª*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

SECCIÓN DE ANUNCIOS

COMPANÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

Obligaciones

Según se previene en la base cuarta de la escritura de emisión de las obligaciones de esta Compañía, tendrá lugar el día 15 del próximo mes de Septiembre el quinto sorteo trimestral de obligaciones, á las 11 de la mañana, en el salón de sesiones de la Sociedad, sito en la Rambla de Estudios, n.º 1, principal.

Las 19.400 obligaciones de la Compañía por amortizar, se dividirán para el acto del sorteo en mil novecientos cuarenta lotes de diez obligaciones cada uno, representadas por igual número de bolas, extrayéndose del globo quince bolas en representación de las quince decenas que se amortizan conforme se indica en la tabla de amortización impresa al dorso de cada título.

Antes de introducir las en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 1.940 bolas sorteables.

El acto del sorteo será público, presidiéndolo un Sr. Consejero de la Sociedad, asistiendo, además, el Director, Contador y Secretario general.

La Compañía publicará en los diarios oficiales los números de las obligaciones á las que haya correspondido la amortización y dejará expuestas al público para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que debe sujetarse el cobro del importe de la amortización desde el 1.º de Octubre próximo.

Barcelona, 27 de Agosto de 1892.

El Secretario general
Carlos García Faria.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japon y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, *La Compañía Trasatlántica*, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*. — Madrid; Agencia de la *Compañía Trasatlántica*, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PEÑA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. **SANATORIUM**

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

funcionando sin ruido

PATENTE DE INVENCION

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —